

I. CONSIDERACIONES GENERALES.

Por MANUEL BUENDIA,
periodista; profesor
en la UNAM.
Premio Nacional.

ORIGEN, ESTRUCTURA Y PROYECCION DE LA COLUMNA (*)

Por Manuel Buendía.

El periodismo no nos permite vivir de "lo que fué"; de "lo que el viento se llevó". Al contrario: nos obliga a vivir para lo que es. No organizamos, como si fuéramos pintores, exposiciones retrospectivas. Tampoco, podemos arrullarnos, como las viejas actrices, en la nostalgia del album fotográfico o en el recuerdo de aquellas marquesinas que bordaban sus nombres con foquitos de colores. Ni andamos por ahí, como los veteranos de una guerra ya olvidada, luciendo antiguas condecoraciones y un atuendo pasado de moda.

Los periodistas, como el combatiente sin relevo, quisiéramos vivir y morir con el uniforme de campaña puesto y el fusil humeante en las manos.

Dicho de un modo menos solemne y melodramático, los militantes del periodismo --por vocación y por destino-- tenemos que ser, aquí y ahora. Y para nosotros ser significa publicar, hacernos oír, ya sea desde una gran cadena de periódicos, o desde una modestísima revista provinciana y hasta en una simple hoja volandera.

Mi homenaje, pues, a tantos colegas que no alcanzan fama ni honores, pero que jamás han desertado del deber profesional un solo día.

Ahora, si ustedes lo permiten, podríamos abordar el tema "Origen, Estructura y Proyección de la Columna".

Inevitablemente me veré en el riesgo de parecer ligeramente didáctico en ciertos momentos. Pero no será por pura pedantería, se lo aseguro, sino por dos circunstancias muy obvias: primera, porque este auditorio está compuesto en buena parte por estudiantes del periodismo, y me he asociado a ellos, a sus preocupaciones, desde hace veinte años: y segunda, porque no existe bibliografía de la que pudiera asirme para llenar esta charla con citas magistrales y luego hacer frente al tema lo que un cronista taurino llamaría la "gradosa huída".

Atrapado, pues, como estoy, no veo otro remedio que condenar a la amable concurrencia a escuchar un disco recién hecho en casa o, para decirlo con un término poco conocido, el "rollo" clásico agravado con pretensiones de cierta originalidad.

Por tan alevosa conducta, presento excusas a mis colegas profesionales -- algunos de los cuales también están aquí--, aunque para ningún verdadero periodista merecerá desdén un lance presumiblemente intelectual. Para mí mismo ha sido una sorpresa descubrir que era posible hacer un poco de teoría sobre el columnismo. Hasta antes de que la dirección de "El Sol" tuviera la ocurrencia de asestarme este encargo, yo tocaba de oído; ahora supongo que lo haré peor porque en adelante tendré que tocar por nota.

¿Cuál es el origen del columnismo? En cierta ocasión en que también debía dictar una conferencia, hice esta sensacional aportación a la historia: El periodismo es la segunda profesión más antigua del mundo. La base científica de este descubrimiento sonaría casi a perogrullada: si con el ejercicio de la primera profesión comenzaron a ocurrir cosas interesantes en el mundo, forzosamente

tuvo que haber alguien que las contara. Así fue como surgió el primer periodista y supongo que lo que éste quería escribir era una columna; pero su director le encargó reportajes y entrevistas, y así continuaron desarrollándose técnicamente los periódicos, sin saber de lo que se perdían por no tener columnistas.

Pero en 1872, el editor de "El Republicano", diario de Springfield, dio su brazo a torcer, según el historiador Frazer Bond. Luego, en 1890, en el "Daily News" de Chicago surgió otra columna. Después de esto ya nadie nos podría detener, ni en Estados Unidos ni en México, o en cualquier otra parte del mundo.

*MAG: 1820 en "la Abeja poblana", una columna política, "Colmena de Abejas"
Luego 1880 Trinidad Sánchez Santos "El Herald" columna "Enequillas"*

No voy a abrumar a ustedes con más datos sobre estas genealogías. Creo que sería más interesante preguntarnos qué es lo que impulsa a un editor a echarse encima el problema de publicar una o varias columnas en un periódico que hasta entonces se gobernaba más o menos tranquilamente.

Aunque esté mal que yo lo repita aquí, los historiadores afirman que los lectores pidieron, exigieron a los columnistas.

Los periódicos iban bien, sí, pero se habían vuelto demasiado impersonales. Aunque parezca incongruencia --sobre todo a los oídos de profanos que también veo aquí--, la verdad es que a medida que avanzaba el perfeccionamiento técnico, fueron perdiendo la calidez humana que habían tenido en sus artesanales principios.

Estoy haciendo, claro, un esquema de lo que ocurrió en Estados Unidos; esquema que, como otros dentro del periodismo moderno, por imitación extralógica o las razones que ustedes prefieran, nosotros solemos reproducir hasta el extremo de que en Latinoamérica el periodismo más parecido al norteamericano es el de México.

Pues bien, los grandes diarios envolvieron en el anonimato a los autores. La objetividad --norma que preside las actividades periodísticas --, y hasta el "nosotros" de los artículos y editoriales, convirtieron a los periódicos en una banda transmisora de información y comentarios, pero sin retorno, en un solo sentido; es decir, no existía un verdadero proceso de comunicación, sino una sola acción lineal entre un emisor superactivo e impaciente y un receptor prejugado como un ser totalmente pasivo.

Esto sigue siendo una realidad para una mayoría de los periódicos en nuestro tiempo y no pretendería asegurar que la aparición de las columnas tuvo la mágica virtud de transformar en medios de verdadera comunicación humana a los periódicos. Simplemente quiero señalar que coincido con quienes atribuyen el nacimiento de la columna a una reacción de lectores prontamente detectada por sensitivos editores. Quienes compran los periódicos demandaron, además de un puntual y eficiente suministro de la información, un cierto tipo de periodismo de corte muy personal.

El lector medio, el lector común, necesita algo más que la noticia, el reportaje o la entrevista impersonalmente redactados, asépticamente objetivos, rigurosamente imparciales. Esto, claro, nutre su necesidad primaria de in-

formación; pero pide algo más que parezca especialmente escrito y aderezado para él.

Este es, estrictamente hablando, el origen de la columna; género periodístico que así fue denominado sin duda porque comenzó a aparecer con tal formato; es decir, como una especie de apartado para indicar exclusividad, privacidad y a veces hasta confidencialidad.

Si el origen de la columna es la necesidad de los lectores de recibir algo muy personal, nada más personal puede ofrecer el periodista que su propio estilo. De aquí que una de las características distintivas de la columna como género periodístico, y probablemente la más notable de todas, sea la libertad con que el autor desarrolla su estilo. Pero sobre esto volveremos un poco más adelante.

La columna tiene características propias, de forma y contenido, que la singularizan e identifican. Ciertamente que todos los géneros periodísticos tienen algo en común y que resulta difícil hacer muy exactas diferenciaciones técnicas entre ellos. La columna, sin embargo, es el género periodístico que más claramente puede diferenciarse de todos los demás.

Sus características externas, visuales, son fácilmente apreciables: lugar fijo, título, periodicidad, firma, formato, etc. Y en cuanto a la oportunidad que ofrece para el desarrollo de un estilo que puede llegar hasta la subjetividad más plena, me parece que sobrepasa las posibilidades de los otros géneros. Veamos este aspecto siquiera brevemente.

En la noticia, si bien el reportero puede y debe manifestar su estilo, tiene muy claramente establecido como límite la objetividad, en primer término; pero también los obstáculos que impone la naturaleza del asunto que aborda. El hecho, el acontecimiento materia de la noticia, limita al redactor en el manejo del lenguaje.

En la entrevista, los límites son marcados a veces por las características del personaje entrevistado o por el desarrollo (quizá imprevisto y difícilmente controlable) que puede seguir el diálogo entre el reportero y el personaje. En el reportaje y la crónica se hace evidente una mayor amplitud de oportunidades para manifestaciones subjetivas; pero los reporteros de oficio y sobre todo los jefes de información, conocen claramente dónde están las barreras que no permiten al autor ir más allá.

En el editorial el redactor tiene fundamentalmente tres clases de limitaciones. Una, la política del periódico, que lo obliga a asumir una posición y a conservar el tono que le ha sido marcado; otra obvia limitante, es el tema que se le fijó; y la tercera consiste en la extensión del escrito impuesta por el formato de las páginas editoriales.

El artículo es quizá el género periodístico que más se asemeja a la columna en cuanto a la libertad temática, el enfoque y la utilización del lenguaje. Sin embargo, el artículo es monotemático y está sujeto generalmente a una estructura que no da mucho de sí, aunque supongan lo contrario los lectores y hasta algunos articulistas.

Pero antes de seguir despertando entusiasmos con la repetida mención de la palabra libertad, vale la pena que nos hagamos esta pregunta: ¿Acaso en la columna su autor no tiene ninguna clase de barreras y puede hacer exactamente lo que quiere?

Los viejos militantes del periodismo sabemos que en una publicación bien estructurada nadie, ni su propio director, tiene una libertad absolutamente sin límite. Por encima del funcionario de mayor jerarquía en un periódico se encuentran valores que nadie puede ignorar. Uno de esos valores se llama tradición. La tradición del propio periódico y el conjunto de tradiciones que dan una fisonomía propia al periodismo de cada país, de cada época.

Pero ¿qué es una columna? Representará siempre un riesgo aventurar definiciones, sobre todo en presencia de un público crítico. Pero como mero ejercicio gimnástico valdría la pena que intentáramos una definición de este género periodístico. En las muy escasas referencias bibliográficas no encontré nunca una definición que me dejara satisfecho. La menos incompleta de todas decía más o menos esto:

"Columna es un escrito que se publica en periódicos o revistas, con regularidad y ubicación fija, título y formatos permanentes, y cuya finalidad son la información y el comentario, en un estilo libremente desarrollado por el autor".

Me doy cuenta que ustedes inmediatamente encontraron que esa definición tiene más agujeros que una raqueta. Por lo pronto habrán ustedes observado que no considera las columnas en la radio y en la televisión. Y es muy obvio

que si en estos dos medios electrónicos se ha desarrollado un periodismo sui géneris de extraordinario dinamismo, se dan en él todas las especies del periodismo escrito; y por tanto, la columna. En una investigación reciente que realizaron alumnos de la escuela "Carlos Septién" sobre las técnicas del periodismo radiofónico y televisado, se llegó a la conclusión de que dentro de ciertos noticieros algunas secciones evolucionaban hacia el columnismo por que --y aquí cito textualmente el estudio de aquellos jóvenes-- "trascendían lo estrictamente informativo para llegar a la interpretación y el comentario dentro de un estilo muy personal".

Gobernada, como los otros géneros periodísticos, por los factores del interés, la columna debe ser el más interesante de todos.

Se ha dicho que es "un periódico dentro de otro periódico". Con ello se exalta la suficiencia con que debe ser presentada la información en la columna, ya sea como resultado del esfuerzo de todo un equipo o como muestra de la capacidad profesional de un solo hombre, que se supone experto en la técnica de cavar profunda y ampliamente en la cantera de la noticia para descubrir vetas que otros pasaron por alto, o para presentar materiales comunes pero bajo una luz nueva.

La habilidad de investigación de un columnista debe sobrepasar, pues, ciertas medidas intermedias. Su capacidad para organizar los datos recabados también debe exceder la que podría desplegar una medianía.

Y aquí, en un paréntesis, me gustaría decir a ustedes, pero en especial a los jóvenes reporteros, que no conozco periodistas buenos y malos. Creo

que solamente existen periodistas que estudian y trabajan más que otros.

Al respecto, una frase de Carlos Fuentes citada por Elena Poniatowska en una entrevista. Dijo Fuentes: "De Alfonso Reyes aprendí que disciplina es el nombre cotidiano de la creación". Y ya que estamos recordando frases, permítanme citarles ésta de Oscar Wilde: "El genio es 90% sudor y 10% inspiración". Un distinguido periodista mexicano, don Antonio Rodríguez, nos decía hace poco en la Universidad que la primera condición para hacer un buen reportaje es torturarse a uno mismo.

Si todo oficio tiene sus pequeños secretos, el de columnista no es la excepción. El más interesante de esos secretos se llama archivo. Para todo buen reportero es importante poseerlo; pero un columnista simplemente estaría perdido sin archivo. Creo que la diferencia entre un columnista de éxito y otro que apenas sobrevive se encuentra en dos elementos de trabajo: las fuentes de información y el archivo. El lector común, cuando puede, se acerca al columnista y le pregunta de dónde saca su información. Entonces el columnista sonríe enigmáticamente como Sherlock Holmes cuando decía: "Elemental, my dear Watson". Pero lo cierto es que a veces no hubo nada parecido al sople de un "Deep Throat", sino nada más el hallazgo de una información de aspecto nuevo que casi increíblemente se formó sola en el archivo, cuando varias piezas aparentemente inconexas, de pronto se unieron y produjeron algo de extraordinario interés.

Y no es nada difícil hacer un archivo con una técnica casera. Cualquier esfuerzo que en esto se ponga rendirá frutos. Por ejemplo, puedo asegurar a ustedes --pero con la súplica de no divulgarlo-- que después de dos años cua-

tro meses de acumular información sobre cierta persona, pude probar que era agente de una piadosa cofradía llamada Central Intelligence Agency. Y no eran informaciones de la no menos franciscana KGB. Eran simples recortes de periódicos. Es como divertirse formando un sencillo rompecabezas. O ponerse a sumar dos más dos. Si dan cinco, ahí está la noticia.

Y en cuanto a estilo, el columnista tiene que esforzarse si no por ser el número uno, al menos por encontrarse entre los mejores de la redacción. Limitado por lo común a un corto espacio, se obliga a presentar una información más completa que el redactor de otro género que dispone de mayor línea je. Y al tiempo que demuestra su poder de síntesis, debe ser capaz de persuadir y a veces aún de subyugar la atención del lector.

Se dan en el columnista todos los estilos que señalan los investigadores: narrativo, argumentativo, descriptivo, etc. etc. Pero creo que el esfuerzo principal del autor debe tender a una definición muy clara, a una personalización exclusiva, aunque todo esto suene a redundancia hablando del estilo. Dar una sensación de importancia y de vivacidad a cada frase y a cada párrafo, emplear las palabras comunes pero con un valor nuevo como si fueran monedas recién acuñadas; alcanzar sonoridad y eficacia especiales cuando así lo requiera la idea, son todas estas sustancias para una alquimia, para una magia que se llama estilo.

Y aquí caigo fácilmente en la tentación de dar mis propias recetas, no tanto para los maitres de cuissine, sino más bien para los aprendices de cocinero. Pero sólo dos consejos, dos nada más: primero, huyan de la solemnidad

dad como de los cobradores; mientras más importante y trascendental sea el tema que aborden, menos solemnes se pongan. La solemnidad es uno de los males que aquejan al periodismo de nuestros días. Segundo, sean de ustedes mismos los más severos críticos y déjense criticar --no por los tontos, cuya voz jamás hay que oír-- sino por aquéllos que más saben. Pero no se preocupen demasiado por ser perfectos. En fin de cuentas, jamás podrán complacer a todos. Ya san Agustín decía que "unos tienen el gusto así y otros de otra manera".

Fernández de Lizardi cita un sonetillo de Francisco Xavier Lozano, escrito a fines del siglo XVIII, que dice en parte:

"¡Oh!, cuántas veces, preguntando yo
si es útil un escrito, oigo que sí
a tal doctor, y a tal doctor que no;
éste es así, y así aquel; y así de mí
el uno hablará en contra y el otro en pro,
que así va el mundo y todos van así".

Don Camilo José Cela expresó recientemente esto mismo pero de modo más simple: "Nunca llueve ni se escribe al gusto de todos".

Hasta aquí, supongo, ustedes ya habrán quedado suficientemente confundidos acerca de lo que es el origen y la estructura de la columna como género periodístico. Y quizá algunos estén preguntando si es muy difícil llegar a columnista.

Cuando alguna vez resulté funcionario de un periódico, un individuo llegó a pedir empleo y dijo que quería hacer precisamente una "columnita" porque no sabía escribir de otra cosa. A propósito de gentes con escasa experiencia, ustedes recuerdan el chiste viejo de aquél que llegó a una empresa también con pretensiones de figurar en la nómina. ¿Sabe usted escribir en máquina?, le preguntaron. "No", contestó. ¿Y algo de archivo? "Tampoco". ¿Conoce usted en fin, lo mínimo del manejo de una oficina? "No, jamás pude aprender nada de eso". "Entonces", contestó el jefe de personal, "lo siento mucho, pero ya tenemos gerente".

Llegemos ahora al último aspecto del tema: proyección de la columna.

Seguramente habrá que hacer algunas consideraciones sobre la ética profesional. Una fuerza tal como la que representan las columnas --me refiero, por supuesto a las que abordan temas políticos-- no puede ser dejada al libre juego de los intereses sin que el más alto de ellos, el interés social sea servido cumplidamente y, llegado el caso, se le pueda resguardar. Sobre todo ahora.

Como lectores críticos que son, ustedes habrán advertido que de unos meses acá se ha dado en el periodismo de la capital algo así como un "boom" de columnistas. Hasta algún periódico que llevaba lustros practicando el difícil arte de no decir nada ni en los encabezados de primera plana y menos aún en los editoriales, está formando ya su batería de columnistas. Y por primera vez en la historia del periodismo mexicano una columna que preferentemente aborda cuestiones políticas se publica todos los días en la primera plana de 22 diarios. Tal vez ustedes hayan adivinado que se trata de la columna que yo escribo.

Pero ¿qué pasa con las columnas, o más precisamente, con los columnistas en México? Aparte de otros pecados menores ¿acaso no solemos comportarnos con demasiada arrogancia, al extremo de erigirnos en fiscales, jurados, jueces y verdugos, todo a un tiempo, de personajes de nuestra vida pública? Juicio y sentencia, entre comillas, en los que no se ha querido ver más que un solo aspecto de la cuestión y esto, con frecuencia, sin el tiempo suficiente de reflexión, y sin ofrecer alternativas a los lectores, como si éstos, según en el decreto imperial, no tuvieran otra posibilidad que la de leer y obedecer. Juicios en los que, además, esplende la muy decente máxima de que todo mundo es culpable, hasta en tanto demuestre su inocencia... si es que el columnista y el periódico le dan oportunidad de hacerlo.

¿Qué ley, qué convención, qué asamblea soberana nos ha conferido la potestad de otorgar, con magnífica suficiencia, lo mismo salvoconductos imprescriptibles que inapelables pliegos de mortaja a funcionarios, dirigentes políticos o sindicales, empresas e instituciones?

¿Cuántos periódicos conceden al ofendido por una columna el mismo privilegiado espacio para expresar sus inconformidades o rectificaciones?

¿Cuántos juicios por difamación se ventilan en estos momentos --en los tribunales para ciudadanos vulgares-- contra temibles columnistas?

Una de dos: o en este angelical país nadie incurre en tales delitos o el régimen jurídico de toda una nación y la moral pública se pueden poner en entredicho por la audacia de unos pocos.

Pero hablar de ética entre nosotros los periodistas es como mencionar el cilindro: casi todos afirmarían que lo pueden tocar, pero no muchos se ofrecerían de voluntarios para cargar con él. Y no porque deseemos vivir al margen de leyes generales o de particulares códigos de honor. Todo lo contrario. Nos preocupa profundamente lo que ocurre, y a veces hasta nos indigna y lo rechazamos. Pero también hemos sido perfectamente incapaces de hallar una salida. Reconocemos que vivimos dentro de una viciosa situación, que hemos ayudado a crear y que nos han creado también otros factores. Por una parte nos asusta la posibilidad de que se inicien reformas legales porque presumimos que un día de éstos nos desayunaríamos con la desagradable noticia de una tentativa de control desde una ley poco democrática que abriría el camino a otras menos democráticas aún. Pero, por otra parte, sucesivamente han ido fracasando los intentos de periodistas respetables --de la vieja guardia y de la nueva-- que han propuesto colegiar el ejercicio del periodismo como primer paso para establecer un código de conducta profesional perfectamente exigible a todos.

Así las cosas, el "boom" de columnistas a que me refiero quizá debería despertar la conciencia vigilante de la sociedad para detectar a tiempo si este curioso fenómeno augura un perfeccionamiento del periodismo mexicano o simplemente agrava y extiende una amenaza que ya existía.

Y somos tanto más responsables de lo que esté ocurriendo o pudiera llegar a ocurrir, cuanto que no vivimos en un régimen de censura, ni formal ni real, como el que impera en una mayoría de países latinoamericanos.

Sólo excepciones podrían señalarse respecto a la regla seguida por el go-

bierno de respetar, frecuentemente hasta el exceso, lo que se llama libertad de imprenta. Uno de nuestros presidentes, dado a elaborar frases que le sobreviven, inventó una que resume bien lo que es esta política de gobierno. Dijo: "Menores males causa al país el abuso de las libertades ciudadanas que el más moderado ejercicio de una dictadura".

Por cuanto hace al régimen interno de los periódicos, que cada quien hable de la feria según le haya ido. Por lo que a mí se refiere, puedo declarar hoy públicamente que ni en "El Día" donde me inicié como columnista político, ni en "El Sol" donde escribo desde que este año comenzó, he sido objeto de una sola presión o del más leve intento de censura. Me respetan hasta las faltas de ortografía.

Un ~~me~~ decidido empeño de respetar hasta el escrúpulo el estatuto especial del columnista y de afianzarlo para fundar con ello lo que puede ser el inicio de una gran tradición, sin duda ~~hacer~~ ^{honrar} al director del periódico pero arroja ^{ra} sobre el columnista una tremenda, pública e intransferible carga de responsabilidad.

Pienso que los periodistas somos muy dados a la autocomplacencia y muy poco a la autocrítica; y desde luego, la sola posibilidad de que otros nos enjuicien nos parece una ofensa intolerable. Pero me parece que ya es tiempo de que en este país madure la posibilidad de un juicio imparcial y abierto para todas y cada una de las profesiones, sobre todo aquellas que tienen las más altas y por lo tanto las más graves responsabilidades de servicio social.

Esto podría ser tan sencillo como que el día del médico en vez de o además de las ceremonias y jolgorios, las asambleas populares, -- realmente convocadas exprefeso o presumibles válidamente en encuestas realizadas-- expresaran qué es exactamente lo que piensan acerca del ejercicio liberal o socializado de la medicina y de la conducta general o particular de los especialistas que ganan en una tarde más que Manolo Martínez mediante el sistema de poner bajo tratamiento interminable a clientes adinerados, o de aparecer administradores de las claves de la vida. Y el día del arquitecto, deberían ser presentados en la plaza pública aquellos que construyeron las glorietas en nuestra ciudad y algunos multifamiliares del Infonavit, para que recibieran el homenaje popular. Y así respecto a los abogados, los economistas, los tecnócratas, etc.

A nosotros los periodistas nos tocaría, claro está, el primer domingo de junio, llamado día de la libertad de prensa. En esa fecha, en vez de las alabanzas mutuas que nos prodigamos con el gobierno, habríamos de soportar la expresión de los verdaderos sentimientos de los lectores.

Me pregunto, sin embargo, quién iba a publicar los resultados de este juicio. ¿La televisión, tal vez? No, porque llegaríamos a un acuerdo de intercambio con ellos, habida cuenta de que también le tocaría su catarsis obligatoria.

Pero la sociedad, señores, tiene que encontrar una solución, de algún modo. Es preciso que recupere su capacidad para juzgar a aquellos que dicen servirla, y para no permitir regímenes de excepción porque éstos llevan

inevitablemente a servidumbres como las que quisieran imponer a esa misma sociedad grupos en los que alienta el espíritu del fascismo, y que se valen de ciertos periodistas --principalmente de los que practican géneros de opinión-- para ir creando una infraestructura de ideas que eventualmente les fa cilita el asalto del poder, al tiempo que esgrimen la invectiva y la calumnia como armas de intimidación contra todos aquellos funcionarios y líderes socia les a quienes consideran enemigos reales o potenciales.

Una prensa democrática debiera ser aspiración, objetivo más bien, por el que tenazmente lucharan los periodistas, los sectores sociales y el gobier no. Pero una prensa democrática no sólo significa el compromiso de periodistas y editores para defender lo que ellos lealmente entiendan por "intereses populares". Significa también que los periódicos se transforman técnica mente para dejar de ser simples medios de información y se conviertan en promotores de la comunicación social. La diferencia entre una y otra situación estriba en que la información, como ya habíamos dicho, es una acción unilateral y, por tanto, insuficiente. La comunicación es un ciclo que se cumple y dinamiza, cuando emisor y receptor descubren que tienen papeles inter cambiables, y actúan así, deliberada y fecundamente, porque esta interacción los acerca a metas compartidas.

Para concluir quisiera decir que, a pesar de todos sus defectos congénitos y de los peligros que entraña, la columna garantiza al periodismo de nues tro tiempo que no desaparecerá el impulso que lo creó y lo mantiene como po der social: la fuerza vital de las individualidades.

El columnista, que se representa a sí mismo y no necesariamente expresa la política editorial de un periódico, ofrece a los lectores la alternativa de la artesanía personal, dentro de un panorama de informaciones que los usos de la sociedad industrial despersonalizan cada vez más.

El columnismo significa, en fin, riesgos y desafíos que enfrentan juntos el periodista que lo practica y el editor que incorpora la columna a las secciones estables del periódico.

Pero un verdadero columnista no cederá jamás a las presiones que suelen ahogar o mediatizar otras voces: existe tal como es o simplemente desaparece.

A esto se expone permanentemente quien haya decidido practicar un género periodístico que mucho tiene, pues, de solitaria aventura.

México, D.F., agosto 29 de 1977.